

En este momento las campanas del convento del Corpo-Santo tocaban fuertemente á muerto, y pocos instantes después se oyó el ruido de una explosión en el fondo del valle de Martorello, parecida á una lejana detonación de un cañón de grueso calibre.

El crepúsculo iba obscureciéndose cada vez más. La escolta inquieta se había reunido en el patio. Todos se preguntaban qué pasaba aquella noche en los alrededores.

En el terrado, una mujer, que nadie había visto entrar, apareció de súbito tras el grupo formado por Loredano y su hermana, los cuales habían despedido al posadero Pietro y sus criados.

Loredano, cuya herida era ligera, había ya recobrado sus sentidos.

Esa mujer, esa aparición llevaba un vestido blanco, y sus negros y largos cabellos flotaban bajo un velo ceñido en torno de su pálida frente.

Colocada en un extremo del terrado, extendió una de sus manos hacia las torres lejanas del convento, murmurando:

—Los hijos de Doria son hermosos... ¿dónde están los de Monteleone?

En seguida añadió en voz alta:

—¡Oís el sonido de las campanas? Poned los arreos á estos caballos... La muerte está aquí, en estos alrededores... La obscuridad rebosa de puñales del Silencio... Es la noche del 15 de Octubre.

VIII

La misa de la hora **XXII**

Manuel caminaba por el desierto valle, cuando oyó la doble detonación; pero no por ello se volvió.

Al oír el eco de las campanas del convento, se descubrió é hizo la señal de la cruz.

Más tarde, al oír la explosión que hizo temblar la tierra, apresuró el paso.

—Es la noche del 15 de Octubre—decía él también;—se ora por cumplir la última voluntad de los muertos.

Cuando llegó á las ruinas, la obscuridad era completa.

Pero Manuel no hizo como nuestro aventurero Athol que tuvo que buscar por tan largo tiempo; su memoria le guiaba en ese laberinto de escombros sepultados bajo la hierba. Su corazón latía violentamente, y si algo se decía á sí mismo, lo efectuaba con voz trémula.

—¡Sí, sí!—exclamaba,—¡tan nobles y ricos!... lo que falta á los unos, á los otros les sobra... Bien sabía yo que el maestro había pensado en todo antes de morir.

Al llegar al montecillo, fijó la pala en la tierra y tomó el pico en la mano.

—¡Riqueza, nobleza, grandeza!...—dijo dando á su voz á pesar suyo un acento solemne:—todo está ahí dentro.

Pero al encontrarse con una abertura grande y negra, lanzó un grito de sorpresa.

—¡Alguien ha entrado aquí!—exclamó.—¿Quién habrá sido?

Y penetró precipitadamente en la guarida, cuyo umbral había pasado Athol con cierta especie de recogimiento.

Todavía se percibía el olor á pólvora.

La luna, que estaba oculta tras una nube, mostró su disco de plata, haciendo pasar sus rayos por la abertura.

El aposento bajo inundóse en seguida de luz. No se notaba en él la más mínima humedad, pues además de ser todo de mármol, estaba edificado sobre bóveda.

Era un hermoso aposento al estilo italiano moderno. Adornadas sus paredes de festones de mosaico, conservaban una singular frescura. Parecía que el artista acababa de dar su última mano á sus delicados ornamentos. Como no había pinturas ni dorados, nada estaba deteriorado. Sólo las ropas que cubrían las camas, las guarniciones y los cortinajes se habían marchitado y emblanquecido.

Ya hemos dicho que todo el mueblaje de esta habitación consistía en una cama y dos cunas.

No por haber llegado tarde fué menos violenta y profunda la impresión de Manuel. Así es que cayó de rodillas y sus ojos se inundaron de lágrimas.

—¡Catorce años han pasado!—murmuró;—en lugar de la juventud, la hermosura y la felicidad, ¡hé ahí la muerte!

Su miraba estaba fija en el lecho nupcial con una especie de estupor. Sacó de su seno un papel y lo abrió lentamente.

Hallábase frente á la entrada, y la luna alumbraba de lleno el papel por encima de su espalda.

Leyó:

«...Nadie ha entrado en este lugar, desde el día en que perdí toda mi felicidad. La puerta que conducía á la cama de María y á las cunas de sus pobres hijos fué tapiada».

Manuel se detuvo, porque sus abundantes lágrimas no le dejaban ver.

De repente levantó la cabeza, presa de un estremecimiento.

—¡Pero alguien ha venido aquí antes que yo!—exclamó.

De tal manera le habían impresionado los recuerdos de otros tiempos, que por un momento había olvidado esta circunstancia principal.

Paseó su mirada en torno de este aposento subterráneo, mirada en la cual había más esperanza que temor.

—Los que han venido aquí—pensó,—no sabían el secreto.

«...En la cabecera de la cama—murmuró leyendo,—en el tercer tablero, el que tiene en su centro el escudo de Monteleone con la divisa...»

No había la menor duda. Todos los tableros eran semejantes, excepto el que tenía, además de un marco de mosaico, un escudo guarnecido del gran cordón del Toisón de Oro.

El escudo era azul en forma de corazón de oro, cruzado por dos espadas del mismo color, figurando un aspa, con esta divisa: *Agere, non loqui.*

Manuel puso un dedo en el escudo que ocupaba el centro del tablero y apretó.

El tablero se deslizó en seguida, mostrando una cavidad cuadrada en forma de armario que sólo contenía un cofrecito de acero cincelado.

Manuel lanzó un grito de alegría y apoderóse del cofrecito.

La cerradura había sido abierta de un pistoletazo; se conocían todavía los vestigios de la bala.

El cofre estaba vacío.

—¡Eh! ¡Mariola! ¡loca!—exclamó afuera una voz cascada;—¿has hecho esta abertura para ocultarte?... Vamos, si vuelves como buena hija, no serás castigada... pero si me haces correr, cuidado conmigo.

Estas últimas palabras fueron acompañadas de un chasquido de látigo muy expresivo.

Era una vieja que andaba trabajosamente por el campo, con una linterna en una mano y un látigo en la otra: una vieja á lo Rembrandt, alta, flaca, de cabellos entrecanos erizados, nariz pronunciada que descendía por encima de la boca deprimida hasta la punta de la barba; ojos pequeños grises, pestañeando tras unas cejas de pelos aborrecidos.

Detúvose ante la abertura del antiguo pabellón de recreo.

—Hé ahí una cama—exclamó,—que sería fácil llevarla si no fuese tan pesada... Cien veces he pasado por aquí sin pensar que hubiese quedado nada...

Luego se interrumpió á sí mismo con risa fatigada añadiendo:

—La Mariola es capaz de haberse dormido llorando sobre las dos cunas.

La luz de su linterna fué sucesivamente alumbrando todos los rincones del aposento, pero no vió nada. Parecía que tenía miedo de entrar.

—Allá arriba tocan á muerto...—murmuró;—no me gusta salir estas noches del 15 de Octubre... y Mariola me la va á pagar.

—Vamos, hijita—repuso en tono meloso;—cuando pasas la noche corriendo, ya sabes que al otro día no puedes trabajar... te duermes sobre tu rueda... ¡y Dios lo sabe! ¿ganas el pan que comes?...

¡Ven, Mariola, ven, ven!

Esperó un instante la respuesta, pero ésta no se dejó oír.

—¿Quieres venir?—exclamó colérica.—¿ó será preciso que yo te vaya á buscar?

El látigo amenazador dejó oír sus chasquidos, pero ni por esas obtuvo respuesta.

La vieja cruzó el umbral con pie trémulo. Tenía miedo. La linterna temblaba en su mano.

Cuando estuvo en medio del aposento, distinguió una masa negra medio oculta tras la cabecera de la cama.

Acercóse.

Era un hombre que tenía en sus manos encogidas un cofrecito de acero abierto y vacío.

Este hombre se hallaba privado de sentido y como muerto. La vieja se inclinó hacia él, dirigiendo la luz de la linterna á su rostro.

—¡Mi sobrino Manuel!—refunfuñó con más sorpresa que emoción.—Debo ser muy vieja, pues los que he mecido en mis rodillas son ya ancianos.

Esta mujer habitaba una cabaña entre las rocas, á una milla de allí, cuasi en la cima de la costa que separaba Martorello de la playa.

Llamábase Berta Giudicelli, y había sido la nodriza de Bárbara de Monteleone, á la cual amaba con el cariño de una madre.

Ella sola había poseído el secreto de las esperanzas de Bárbara antes del matrimonio del difunto conde; ella sola sabía el motivo de sus lágrimas y desesperación, cuando Mario Monteleone tomó por esposa á una extraña.

Berta dejó á Manuel tendido y sin movimiento en el aposento de mármol, y salió para recorrer de nuevo las ruinas.

Iba cojeando entre las hierbas y decía:

—¡Ven, Mariola, hija mía!... ¡Ven, ven!

Luego interrumpiéndose:

—Mi sobrino Manuel—exclamaba,—es el último de la familia... Yo le he visto muy joven... ¡La tierra se comerá á todos ellos antes que á mí!...

En este momento eran más de las nueve de la noche.

Las campanas de Corpo-Santo no tocaban, pero se veían brillar en lo alto del monte las ventanas de la iglesia.

La calesa de viaje del conde Loredano y de su hermana, bien cerrada ahora y con suficiente escolta, seguía el camino al galope. Todos los de la comitiva llevaban sus pistolas y carabinas preparadas.

Después de lo ocurrido, el jefe de los gendarmes declaró que únicamente en la ciudad estarían seguros, y Loredano, á pesar de su ligera herida, determinó marchar.

Antes, sin embargo, tanto él como su hermana quisieron informarse de la persona que les había salvado la vida, pero con gran sorpresa del honrado Pietro, Julián y Celestina no quisieron presentarse ante sus Excelencias.

Esto podía explicarse todavía por su natural timidez; pero Celestina y Julián rehusaron igualmente un bolsón lleno de ducados que sus Excelencias les hicieron ofrecer.

De seguro que no tenían cabal su juicio, y Pietro llegó á persuadirse de que los dos niños adolecían del mismo mal que el viejo Manuel su padre.

Además, el honrado Pietro pensó que sería el colmo de la insolencia devolver el bolsón á Sus Excelencias.

Así, por no faltar al respeto debido al conde de Doria y á su hermana, determinó guardarse sus ducados.

Celestina y Julián siguieron mucho tiempo con los ojos á la calesa, en medio de una nube de

polvo que levantaba en su camino. Cuando la perdieron de vista en una vuelta de la carretera, Celestina se arrojó en los brazos de su hermano que estaba inmóvil y silencioso.

—Mi querido Julián—le dijo,—he derramado sangre... ¿será bastante una vida entera para hacer penitencia?

Julián estaba como embebido en sus reflexiones.

—¿Soy hombre yo?—murmuraba.—Mi mano ha temblado... mi corazón ha desfallecido...

—¡Oh!—se interrumpió á sí mismo con exaltación;—¡Celestina, hermana mía, has hecho bien! Celestina bajó la cabeza; había tanta palidez en sus mejillas que parecía muerta.

—¿Me amas, pues, aun?—le dijo;—¿no me rechazas?

—¡Tú le has salvado!—exclamó Julián estrechándola entre sus brazos.

Luego hubo un largo silencio. Celestina oraba. Julián pasó su mano por su frente.

—¿Dónde está ese príncipe Coriolani?—exclamó, quizá sin saber lo que decía.

Celestina le miró sorprendida, porque no había oído nunca este nombre.

—Hermana mía—repuso Julián;—si el altar estuviese aquí, cumpliría mis votos en este mismo instante.

—Yo quisiera encontrarme en el dintel del claustro—contestó Celestina,—para pasarle sin titubear.

—¿De veras?—exclamó Julián.

—De veras—replicó Celestina.

—Las puertas del convento de Catana volverán á abrirse para ti cuando quisieres... y para mí las del seminario. Fr. Jerónimo me dijo al despedirme: «Hijo, tú volverás: te aguardo». ¿Quieres venir, hermana mía?

Celestina respondió levantándose:

—¡Vámonos!

Ambos cogiéronse de las manos diciendo á la vez:

—¡El mundo es malo para nosotros... tenemos necesidad de Dios!



Hugo, señor de Monteleone, había edificado en el siglo XII ese monasterio del Corpo-Santo para las reliquias que traía de Tierra Santa.

Era uno de esos conventos elevados con almenas y torreones, tal como existen aún algunos en el sur de Italia.

En la edad media, los abades de Corpo-Santo habían tenido jurisdicción religiosa y temporal sobre una gran parte del país. La corporación religiosa se sustrajo en seguida á la autoridad de su fundador, y los papas cubrieron más de una vez con su autoridad soberana la emancipación de los monjes vasallos.

Sin embargo, había quedado el gran escudo de Monteleone en el frontispicio de piedra que coronaba la puerta interior de la iglesia.

Decíase que el 15 de Octubre de 1815, Mario Monteleone había sido ejecutado en el castillo de Pizzo á las nueve y media de la noche, una hora justa después que el rey Murat.

Los corredores y los claustros del convento estaban tapizados de negro. En el atrio de la puerta principal, veíase confusamente un gentío cabizbajo y silencioso.

Cuando á las nueve y media sonó la hora fatal en la torre del reloj, las puertas de la iglesia se abrieron de par en par, proyectando un gran resplandor en los corredores. El órgano elevó su voz, despidiendo las primeras notas de esa gigantesca sinfonía fúnebre que el maestro Porpora,

según dicen, compuso para sus propios funerales. El sonido se dilataba grave y dulce bajo las bóvedas, mientras la muchedumbre silenciosa, reunida primeramente en el patio, subía las gradas de la escalera.

El convento había sufrido muchas restauraciones, pero la iglesia quedaba y queda aún como uno de los más hermosos tipos de la arquitectura romano-bizantina de fines del siglo XII.

Consistía en una vasta nave elíptica, sostenida por dos órdenes de pilares enormes que servían de base á varias columnas acanaladas, de forma regularmente cilíndrica, peculiares al orden bizantino.

Las paredes laterales, llenas de capillas profundas con altas ventanas, continuaban por detrás del coro y seguían los contornos de la bóveda.

Pero el coro y el altar mayor podían pasar por modelos de ese arte un poco recargado en su magnificencia que recuerda la profusión y atrevimiento babilónicos.

El tabernáculo figuraba una tumba, y el globo con la cruz que coronaba el altar era de basalto negro.

Durante uno de los temblores de tierra que marcaron el fin del siglo XVIII, derrumbóse la iglesia de San Nicolás de Andri. Desde entonces la basílica del Corpo-Santo, abierta para todos, servía de parroquia á la comarca.

Aunque el número de cristianos diseminados en esas costas hubiese sido cuádruple, la basílica del Corpo-Santo fuera todavía demasiado grande para que pudiesen llenarla.

Así, esa muchedumbre apiñada poco antes en el atrio de la iglesia desapareció, en cierto modo, desde que hubo pasado bajo el arco en forma de bóveda de la puerta principal.

Hombres y mujeres se derramaron por la nave

y por los corredores laterales tapizados de negro. Esta muchedumbre se componía de dos elementos muy distintos.

Una parte la formaban gentes del país, pescadores, contrabandistas, aldeanos indolentes acostumbrados á confiar la labor del campo á sus mujeres é hijos, los cuales asistían á esta solemnidad nocturna como á un espectáculo curioso, y otra parte se componía de viajeros, cuyo calzado estaba cubierto de polvo del camino.

Estos venían de lejos y la mayor parte era antiguos habitantes del país expulsados después de la tentativa abortada de Murat. Se les veía, formando grupos á la sombra de los pilares, cubiertos con sus capas. También se notaban mujeres veladas.

La iluminación especial de la nave favorecía á los que no querían que se les viese.

El altar resplandecía á la luz de innumerable cantidad de cirios. Las arañas de cristal del coro también estaban encendidas, y una doble hilera de candelabros rodeaba al gran catafalco elevado delante del tabernáculo.

Pasada la balaustrada del coro no se veía una sola luz en la iglesia.

En siete años que tenía lugar esta ceremonia jamás los agentes de la policía central habían hecho la menor tentativa para impedirlos.

Por lo demás, no era un acto sedicioso, supuesto que Mario Monteleone había perecido á consecuencia de una traición privada. El rey Fernando había expedido á tiempo la orden del perdón.

Sin embargo, bajo cada capa ocultábase un arma en aquellos grupos silenciosos, protegidos por la sombra de los pilares.

Sobre el catafalco estaban depositadas la corona condal y el manto, y además las insignias

del Toisón de Oro de España, de la Annonziata de Cerdeña, y la de San Fernando de Nápoles.

En la parte del paño mortuorio que miraba á la nave había bordados una serie de emblemas místicos que recordaban los de la francmasonería.

El principal de estos emblemas era un martillo de herrero puesto sobre un yunque, y rodeado de esta inscripción, sólo inteligible para los iniciados:

AA⁵ LA⁵AA⁵E E²AI²OA³I²

EA⁵

IL²AA⁵MNA³

I²O EA⁵

A²I²A⁴

RI²M² INE²DALA³NM² EA⁵ M²I³RI²A³II².

En un estandarte negro que pendía de la bóveda se leía en letras de plata esta divisa latina, que había sido la del muerto, y que pertenecía ahora á la misteriosa asociación cuyos miembros se intitulaban los Compañeros del Silencio:

Agere, non loqui.

Cuando la puerta exterior fué abierta, los monjes entraron solemnemente en el coro.

Eran en número de veintitrés, incluso el abad y los dos priores.

Su traje consistía en un hábito blanco sujeto por un cinturón de cáñamo. Todos tenían la tonsura mayor, cuyo diámetro es la línea que se junta de una oreja á otra.

Eran de la orden de los Celestinos del Temple, instituída por Juan de Gaeta, cuya regla difiere poco de la de San Bruno.

Colocáronse, graves y silenciosos, en sus asientos á los dos lados del coro.

El sacerdote, que había ayunado todo el día

para decir esta misa de la hora veintidós, apareció en seguida revestido de sus ornamentos de luto, acompañado de sus dos acólitos.

Cuando el sacerdote puso el pie en la primera grada del altar, salieron de la obscuridad seis hombres envueltos en sus capas, cubiertos los rostros con máscaras negras.

Adelantáronse con lentitud y se colocaron de pie frente al catafalco, delante de la balaustrada del coro.

Su aspecto produjo cierta sensación entre las semitinieblas en que estaban sumidos los asistentes.

Se dejó oír un murmullo en el que dominaban estas palabras pronunciadas en voz baja:

—Los *cavalieri ferrai*... ¡Los Seis!

En el introito se arrodillaron, pero sus caras permanecían cubiertas con las máscaras.

La misa empezó, silenciosa y taciturna podríamos decir, porque el sacerdote y los dos acólitos parecían mover los labios sin pronunciar ningún sonido.

En la nave no se oía volar una mosca.

Después del primer evangelio, y mientras que el sacerdote continuaba oficiando, tuvo lugar la más extraña ceremonia.

Una larga hilera de hombres envueltos en sus mantos salieron de la obscuridad de los corredores, y uno á uno y paso á paso fueron á arrodillarse delante del catafalco.

Los que se denominaban los *Seis* cubríanles uno tras otro con sus manos extendidas y adornadas con la sortija de hierro.

Cada uno de los compañeros hacía una genuflexión, después se levantaba y cedía su puesto á otro.

En seguida iban á colocarse detrás de los Seis,

en dos hileras, de modo que ocupaban toda la línea central de la nave.

Durante esta ceremonia, el órgano, que en medio de aquel prodigioso silencio parecía un eco del otro mundo, entonaba á media voz la canción de Fioravante:

¡Amici, alliegro andiamo alla pena!...

Esto duró hasta que el sacerdote elevó la Sagrada Forma.

Entonces todos inclinaron la frente hasta el suelo.

En esta posición, oyóse de súbito una voz que bajaba de la bóveda del templo.

Esta circunstancia no estaba en el programa, pues todos se estremecieron al oírla.

La voz dijo:

—¿Por quién oráis?... La tumba está vacía... el que ha salido de ella no es viejo... Yo he visto á Mario más joven, más fuerte y más hermoso que en los días de su juventud... ¡sólo yo estoy muerta!...

Todas las miradas se fijaron á la vez en la bóveda, sombría cúpula de azul tachonada de estrellas de oro.

Vióse una forma blanca que se deslizaba lentamente tras los arcos, llenos de adornos, de la galería más alta.

Al mismo tiempo oyéronse en el campanario tres fuertes toques separados por largos intervalos.

Cuando los ojos se volvieron en seguida hacia el altar, ocurrió una nueva sorpresa.

A la derecha del catafalco se había colocado de pie un hombre de alta estatura vuelto de espaldas á la nave.

Colgaba de sus hombros una gran capa negra y una máscara de terciopelo le cubría el rostro. Los seis se contaron. Ninguno faltaba. —¿Quién era el séptimo?

IX

La séptima sortija

Seis lámparas ardían alrededor de un féretro suspendido por medio de cuerdas sobre una tumba vacía.

La séptima lámpara estaba apagada. El vaso era de oro, los de las otras de plata.

Cada una de las seis lámparas de plata llevaba inscrito un nombre en el metal.

Estos seis nombres eran:

Amato Lorenzo.

David Heimer.

Lucas Tristany.

Felice Tavola.

Policeni Corner

Mariano Marchese.

La lámpara de oro apagada llevaba el nombre de Mario Monteleone.

La cripta ó iglesia subterránea de Corpo-Santo reproducía exactamente, salvo la elevación de las bóvedas, el plano de la misma basilica.

Este féretro colgante ocupaba el lugar correspondiente al centro del coro donde estaba el catafalco.

En el féretro había un cuerpo embalsamado, de rostro noble, dulce y tranquilo, con la palidez del reposo eterno.

A algunos pasos de la tumba abierta y del féretro, inmediatamente debajo del altar de la iglesia superior, había un paño negro tendido.

Debajo del paño negro un yunque, un martillo de fragua y un pedazo de carbón.

Un crucifijo lo dominaba todo.

A lo largo del paño había una inscripción de cuatro versículos, separados por calaveras.

Las letras y las calaveras estaban bordadas de plata.

He aquí la inscripción:

I^oR A^oA I^oA^oI^oRI^oA^oT^o IL^oNM^oT^o EI^o DRA^oM^o A^oNA^oO
I^oA^oT^o RI^o A^oI^oA^o.

H^oM^oO RA A^oNI^o.

I^oR A^o A I^oA^oI^oRI^oA^oT^o IL NM^oT^o EI^o DRA^oM^o A^oNI^o
AI^oA^oI^o RI^o IL^oAA^oMNA^o.

H^oM^oO RA INA^oM^oII^oI^oAI^o EA^o OA^oAI^oOA^oT^o.

Según costumbre, todos los años los seis Caballeros del Silencio iban á renovar su voto en torno de los restos del gran maestro difunto, después de la misa de la hora 22.

Cuando descendieron aquella noche las anchas gradas que conducían á la cripta de Corpo-Santo, notábase en ellos una especie de vago presentimiento.

Una vez en la iglesia subterránea, se adelantaron hasta el féretro sin pronunciar una palabra.

De estos seis personajes, cuatro tenían los cabellos negros, uno el cráneo medio calvo y el último la cabeza cubierta de canas.

Este era el decano.

El de los cabellos blancos dijo en voz baja:

—Salud, señor y padre.

Los demás respondieron á la vez:

—Salud, señor y padre

—Yo soy—repuso el anciano,—Amato Lorenzo, vuestro compañero y servidor.

El medio calvo dijo con acento austriaco muy pronunciado:

—Yo soy vuestro compañero y servidor, David Heimer.

Luego, una especie de gigante, más alto que los demás cuatro buenas pulgadas, exclamó:

—Yo soy Lucas Tristany, el capitán.

Los demás dijeron uno tras otro:

—Yo soy Policeni Corner, vuestro primo.

—Yo soy Felice Tavola, vuestro pariente.

—Yo soy Marino Marchese, vuestro amigo.

Los seis extendieron en seguida sus manos sobre el féretro.

—Ha concluido el séptimo año—dijo Amato Lorenzo;—entre la hora veintidós del día último y el año nuevo, queda roto el silencio. en tanto que la mano permanezca extendida... El maestro acostumbraba á decirnos en este momento: «¿Qué queréis de mí?» Yo hablo en su nombre y os digo como él: «Hermanos, ¿qué queréis?»

—Vivir libre—respondió antes que los otros el gigante Lucas Tristany.—Yo he matado á dos hombres... dos asesinos: esto me basta... Ahora pido la partición y me retiro de la sociedad, á menos que se me nombre gran maestro.

—Yo dí mi tiempo y mi fortuna á la venganza del maestro—dijo á su vez David Heimer;—mi misión ha concluido. Quiero ser maestro ó libre, y también pido la partición.

—Yo soy pariente de Monteleone—objetó Felice Tavola.

—Yo soy más pariente que tú—repuso Policeni Corner.

Amato Lorenzo dijo:

—Mis cabellos blancos no pueden obedecer más.

—Mis cabellos negros quieren mandar—excla-

mó Marino Marchese riendo;—hermano, la comedia ha concluido. Ha finalizado el séptimo año y todos somos ricos. Ahora es tiempo de gozar. Cortemos esta soga y que nuestro señor descansa al fin en tierra sagrada... Partamos lo que haya y separémonos. ¿No ha pasado el tiempo prometido? La venganza jurada ¿no queda cumplida?

Todas las bocas se abrieron para contestar afirmativamente, porque tal era el sentimiento general; pero antes que nadie pronunciase palabra, una voz clara y vibrante dijo:

—¡No!

Los seis se miraron á través de las aberturas de sus máscaras.

—¿Quién ha dicho no?—preguntó Marchese.

Y en seguida Lucas Tristany en tono provocativo:

—Hombre ó diablo que has dicho no, ¡mientes!

Su voz ruda resonaba aún bajo la bóveda, cuando las cuerdas que sostenían el féretro entre cielo y tierra, rechinaron en las poleas, las cuales empezaron á dar vueltas, y el féretro á descender lentamente.

Al mismo tiempo se agitó el paño mortuario.

Sumidos los Seis en la más profunda sorpresa, vieron extinguirse de repente las lámparas de plata.

En medio de la obscuridad completa que siguió durante algunos segundos, oyóse crujir á intervalos iguales un paso firme y sonoro en las baldosas de la cripta.

Luego reapareció la luz, pero era la luz de la lámpara de oro.

Esta lámpara ya no estaba colgada, sino sostenida en las manos de un hermoso joven de rostro altivo y atrevido.

En su airoso continente y en su mirada de águila, penetrante como una punta de acero, era fácil conocer á nuestro aventurero Athol.

A su vista los Seis retrocedieron.

—¿Quién sois?—le dijeron á la vez.

Y sus miradas se volvieron de la fisonomía del muerto, inmóvil y pálido, al rostro radiante de juventud del caballero.

Parecían hacer una comparación, y esta comparación debió producir en todos igual resultado, pues todos bajaron la cabeza.

El féretro estaba ya más bajo del nivel de la tumba, y su sombra cubría el rostro del muerto.

Maquinalmente las manos de los Seis estaban extendidas sobre el cadáver que se hundía poco á poco en la obscuridad.

De la otra parte de la tumba se extendió otra mano: era la del recién llegado.

Esta mano, como las de los Seis, tenía una sortija de hierro en su dedo medio, con la diferencia de que ésta era doble y llevaba engarzados tres diamantes en figura de triángulo.

En el momento en que el féretro desaparecía en el fondo de la tumba, el recién llegado dijo con voz distinta y vibrante:

—Adiós, señor y padre.

Los Seis permanecieron silenciosos.

El desconocido añadió:

—Lucas Tristany, tú eres fuerte; levanta esa losa de mármol y tapa esa tumba.

—¿Quién eres tú para darme órdenes?—le preguntó el gigante.

—Soy el MAESTRO—contestó el recién llegado.

—Y fijó su mirada brillante, uno tras otro, en los seis caballeros.

—¿Rehusas, capitán?—le preguntó sonriendo.

Cerca de la tumba había efectivamente una pie-

dra de mármol que reposaba en el polvo hacía siete años.

Athol se inclinó, y tomando la piedra con las dos manos, la puso sobre la tumba como una puerta que se cierra.

—Tú eres fuerte—dijo Lucas Tristany en tanto que los demás guardaban el más profundo silencio;—pero mientras tenías esa piedra en las manos, un niño hubiera podido darte una puñalada por detrás; tú no eres prudente.

Athol sonrió y señaló con la mano derecha, en la cual brillaban los tres diamantes, la losa de mármol puesta sobre la tumba.

En el mármol brillaban dos palabras grabadas en letras negras: *Dios vela.*

—Nosotros somos seis—dijo el viejo Lorenzo, —y tú eres solo... Es verdad que posees la sortija del maestro, pero yo he visto muchas alhajas robadas en los cementerios. Nosotros no sabemos quién eres, de dónde vienes, ni lo que quieres.

Athol respondió:

—Yo soy el Maestro, y vengo de la prisión en que Monteleone pasó la última hora de su vida. Queiro que se me obedezca.

Tristany, Marino Marchese y Policeni Corner, exclamaron á un tiempo:

—Que lea lo que está escrito aquí.

—En la parte superior del catafalco—dijo Athol, leo esta inscripción: *Al gran maestro del carbón y del hierro, los Compañeros del Silencio.*

—¿Y allí sobre aquella colgadura?—dijo Lorenzo que ya no disimulaba su sorpresa.

Athol leyó:

*¿Hay algo más fuerte que el hierro?
La fe.*

*¿Hay algo más negro que el carbón?
La conciencia del malvado.*

—¡La clave!—exclamó David Heimer;—los sim-

ples compañeros saben esta fórmula... ¡Dinos la clave, que es el secreto de los maestros!

—No—respondió Athol,—la clave no os la diré.

—¡Es que no la sabes!—dijéronle de todas partes.

—La sé.

Athol tomó un pedazo de carbón de encima del yunque.

En vez de responder, escribió en la piedra de mármol de la tumba:

RIPM GPAIPMAIPM PINA

David Heimer se inclinó, presa de la viva agitación, y leyó á media voz:

—«¡Las tinieblas escuchan!»

—No hay duda—dijeron los otros cinco;—para escribir así es necesario poseer la clave.

—Todos la poseemos—replicó David Heimer;—el gran maestro debe saber algo más que los caballeros.

Athol dejó el pedazo de carbón sobre el yunque, y tomando el martillo con una sola mano, rompió el carbón en mil pedazos.

—¡Esto es lo que yo sé hacer!—dijo irguiendo de súbito su hermosa cabeza;—aquí no he venido para discutir. Lo mismo haré con el que intente resistirme.

Y como los Seis murmurasen, Athol añadió:

—Contra cada uno de vosotros tengo seis puñales.

Involuntariamente los *cavalieri ferrai* fijaron sus miradas en la obscuridad lejana de las galerías.

A la distancia de unos treinta pasos vieron un círculo sombrío é inmóvil.

Athol aplicó á sus labios el mango de un cuchillo calabrés y resonó un agudo silbido, al cual

un coro de voces graves y tranquilas respondió:

—¡Señor, aquí estamos!

—Vaya—exclamó Marino Marchese, que era alegre y avisado,—las tinieblas hacen más que escuchar, hablan... Hace más de un cuarto de hora que oigo tras de mí esas honradas gentes... Maestro, si eres el heredero de Monteleone, consiento en obedecerte.

—¡Y yo también!—exclamaron al propio tiempo Policeni y Felice Tavola.

—¿Cómo conoceremos á nuestro nuevo señor?—añadió el anciano Lorenzo.

Athol puso el pie sobre el mármol de la tumba.

—Vosotros veis mi rostro y no me conocéis—les dijo,—yo penetro á través de vuestras máscaras, y sé vuestros nombres y vuestra vida... Los compañeros del santo mártir se han hecho bandidos, contrabandistas y piratas... tanto mejor, así los necesito yo. Los santos tienen escrúpulos; yo soy bandido como vosotros, proscripto como vosotros; á mí me hacen falta bandidos y proscriptos.

—¿Para qué?—preguntó Marino Marchese.

—Este es mi secreto—replicó Athol.

—¿Quieres, pues, que seamos tus esclavos?—exclamó David Heimer.

—¿No lo sois ya, puesto que vuestra vida está en mis manos? ¿No sois débiles y yo fuerte? ¿No soy rico y vosotros pobres? ¿Sonreís?... Bajo el pretexto de vengar al Maestro habéis amontonado mucho oro, lo sé; erais ricos, pues hace poco hablabais de partición...

Hay en Sicilia—continuó lentamente,—entre Castro-Reale y Santa Lucía, una gran casa aislada que dicen fué convento... ¿La conocéis?

Los Seis se acercaron á la vez.

Nadie respondió.

—Esta casa era vuestra caja, vuestro gran cofre... Lucas Tristany, se dice que el marqués de Francavilla tenía en ella seiscientos mil ducados en diamantes... Trentacapelli era millonario, pero Samuel Graff, el antiguo secretario del duque del Infantado, tenía con que comprar un reino... ¿No es verdad, señor Felice Tavola?... ¡Buena venganza que ha rendido más de cien mil onzas de oro!... ¡Oh! Ciertamente había allí mucho que partir... Oh, el señor David Heimer era un guardián fiel... ¿Cuándo dejasteis la gran casa aislada de entre Santa Lucía y Castro-Reale, meinkerr David?

—Anteayer por la tarde—replicó el enmascarado calvo.

—Era muy pronto... Conozco vuestra doble tarea. Ya sé que por una parte espiabais la partida del hijo é hija de Giacomo Doria, y la llegada de dos pobres niños huérfanos oscuros, criados en los alrededores de Catana.

David Heimer hizo un gesto de sorpresa.

—No os cause admiración—continuó friamente Athol;—hace algún tiempo que me ocupo de vosotros... y desde el momento que me he ocupado de vosotros, me pertenecéis.

—Lo veremos—exclamó Tristany impaciente;—pero ¿qué decíais de la casa de entre Santa Lucía y Castro-Reale?

—Voy allá, capitán... pero antes tengo que decir que si Loredano Doria y su hermana hubiesen perecido á causa de vuestras asechanzas, ni uno solo de vosotros hubiera salido vivo del lugar en que estamos... No me interrumpáis... ¡Loredano Doria y su hermana me pertenecen!... Tengo necesidad de ellos... David Heimer, habéis enviado doce de los vuestros en su persecución; esos hombres, ó han retrocedido ó han muerto.

—Mitad lo uno, mitad lo otro—dijo una voz

desde el fondo del subterráneo: ¡seis muertos y seis fugitivos!

—¡Bien, Ruggieri!—contestó Athol, en tanto que los *cavalieri ferrai* se estremecían.

—En cuanto á los huérfanos de Catana—continuó dirigiéndose á David Heimer,—si cae un solo cabello de su cabeza, vos me responderéis de él... ¡No quiero más sangre! Esta tumba está ya cerrada, vuestro juramento cumplido; Monte Leone vengado.

—¡No hace más que un instante que habéis dicho lo contrario!—exclamó Tristany.

—Monte Leone está vengado—repitió Athol,—porque yo me encargo de su venganza... En adelante vosotros no seréis más que el brazo de ese cuerpo cuya cabeza soy yo; tomo á mi cargo la palanca que el maestro os había dejado, palanca capaz de levantar el mundo y con la cual nada habéis hecho, porque era demasiado pesada para vosotros... Habéis herido á derecha é izquierda según vuestros odios y codicia... Después de siete años se hace necesario que otro hombre venga á seguir vuestra empresa no concluida y que os haga limosna... ¿oís?... pues vuestro gran cofre está hecho pedazos y sólo os podéis partir el vacío.

—¡Qué! ¿Nuestra casa ha sido robada?—preguntó Heimer con tono incrédulo.

Los otros murmuraban:

—¿Por ventura somos niños?

—Robada y quemada—respondió Athol;—yo también vengo de Sicilia, y pasando ayer por Castro-Reale vi aún humear las ruinas...

—¡Cuerpo de Cristo!—exclamó Lucas Tristany, —quisiera saber el nombre del que se ha atrevido...

—Fácil es saberlo—repuso Athol con calma;—todo el mundo lo decía... es Porporato.

—¡Porporato!—repitieron los Seis á coro.

Luego callaron.

El mismo Tristany cesó de atormentar el mango de su puñal.

Athol sonreía siempre y les miraba.

—Pláceme—repuso,—haceros hoy más ricos de lo que lo erais ayer... Acercaos... Voy á hablar para vosotros solos: es necesario que las *tinieblas no nos oigan*.

Los Seis obedecieron maquinalmente.

Athol bajó la voz.

—Tengo soldados—prosiguió de manera que e misterioso Ruggieri y sus compañeros no pudiesen oír sus palabras,—y busco tenientes; vosotros me convenís. Tengo necesidad de hombres hábiles como David Heimer, valientes como Lucas Tristany, elegantes como Marino Marchese, venerables como Amato Lorenzo... Voy á llevaros á Nápoles.

—¡A Nápoles—exclamaron,—es imposible!

—¡Nuestras cabezas están puestas á precio!—añadió David Heimer.

—La vuestra está fijada en cinco mil ducados—continuó friamente Athol,—la de Felice Tavola también en cinco mil; las de Marchese y Policeni en cuatro mil cada una; es poco, todavía valen más..., la de Lorenzo en seis mil; la de valiente Lucas Tristany en diez mil... En un mes quiero que Felice Tavola sea el más respetable banquero de la calle de Toledo... quiero que Policeni y Marchese eclipsen á los elegantes de la ciudad real... Las canas de Amato Lorenzo sentarán bien en los salones de la nobleza, y no sé de otro que pueda llevar como Tristany el uniforme de coronel...

—Pero...—quisieron objetar los Seis.

—¡Silencio cuando yo hablo!—dijo Athol imperiosamente;—en cuanto á David Heimer, le guar-

do un destino de confianza..., pero el nombre de este empleo no debe pronunciarse.

—Compañeros míos—continuó animándose de repente,—os prevengo que estáis en buenas manos... Nuestra obra no está acabada; al contrario, ahora empieza... En lugar de estas mudas soledades voy á daros Nápoles la bella, Nápoles la rica, la alegre! Voy á cambiar vuestras cavernas en palacios, voy á extender bajo vuestros pies, en lugar de esa tierra estéril y hendida, las deliciosas alfombras de nuestros sitios reales sombreados de mirtos, naranjos y limoneros. En vez de este monte despoblado, he ahí la ciudad de medio millón de almas... Entrad en ella sin zozobra, sin miedo; estáis en vuestra casa, en vuestro dominio.

—Pero—exclamaron dos ó tres voces,—no podemos presentarnos en Nápoles, nuestras cabezas están pregonadas!

Athol los contaba con la vista. Bajo su fino bigote había una sonrisa orgullosa.

—Dos veces cinco—dijo,—dos veces cuatro, una vez seis, una vez diez... todo esto hace treinta y cuatro mil ducados por vuestras seis cabezas... ¡Por la mía sola han prometido cuarenta mil!...

—¡Cuarenta mil ducados!—repitió Tristany.

—No hay en el reino más que una cabeza de tal precio—exclamó David.

Y todos á la vez:—¿Quién sois pues? ¿quién sois?

Athol se echó la capa hacia atrás, y apareció vestido con una casaca de color escarlata ajustada con una presilla del mismo color. Sus *calzoni* eran de terciopelo negro atados á los bordes de unos borceguíes colorados.

Todos exclamaron á la vez:

—¡Porporato!

—¡Por San Javier!—añadió Lucas Tristany,—¡os seguiré al fin del mundo!

—¡Una cabeza de cuarenta mil ducados!—añadió Marino Marchese.

Los demás dijeron:

—A donde vayáis, iremos, maestro Athol extendió su mano abierta.

Cada una de las otras seis manos se apicaron á la suya, de manera que los anillos de hierro produjeron un sonido al tocarse. Era el juramento del Silencio.

Luego Athol dijo:

—Estamos á 15 de Octubre. Os doy cita para reunirnos de hoy en ocho días en Nápoles, en el teatro de San Carlos á las nueve y media de la noche.

—El teatro es grande... ¿en qué lugar os encontraremos?—preguntó David Heimer.

—Buscad—replicó Athol embozándose en su capa para salir—el palco de S. A. R. el príncipe Francisco... y mirad bien al hombre que veréis sentado á la derecha del heredero de la corona...

FIN DEL PRÓLOGO



PRIMERA PARTE

BALDEMONIO Ó EL BANDIDO DE LOS ABRUZOS

I

Peter Paulos Brown (de Cheapsid)

En 1823 se hacía aún en buques de vela el servicio entre Marsella y Nápoles.

El *Pausilippe*, hermoso brick levantino cuya tripulación hablaba el idioma sonoro que alegra las playas de la Cannebière, dobló á todas velas el muelle en una mañana calurosa de Junio, costó la punta de la Salud y entró en el puerto de Nápoles.

Hacía más de dos horas que había sobre el puente un hombre que estorbaba en gran manera la maniobra, ocupado en contemplar á Nápoles con un catalejo de doce cristales, sistema Dawson de Lincoln Inn's-Field, proveedor privilegiado de S. M. la Reina, y del Príncipe Alberto.

El hombre del catalejo era de elevada estatura: llevaba el estuche debajo del brazo, y cada vez que algún marinero se enredaba en este estuche voluminoso, nuestro hombre decía con escrupu-